PALABRAS sobre Antonio Machado

Luis Felipe Vivanco

Estas palabras fueron escritas y pronunciadas por mí el 25 de febrero de 1964 en la Asociación Española de Mujeres Universitarias, con motivo de cumplirse los 25 años de la muerte de Machado. Y como entonces no pudieron publicarse, las publico ahora, con muy ligeras variaciones, dentro del año en que se cumplen los 30 de su muerte.

1

EL primer verso de las poesías de Machado, es decir, del libro *Soledades*, publicado en 1903 (1), dice así:

Fue una clara tarde, triste y soñolienta...

El último, escrito ya en Colliure, pocos días antes de su muerte, recogido y publicado por su hermano José, y más adelante por Aurora de Albornoz (2), es otro alejandrino:

Estos días azules y este sol de la infancia.

Entre estos dos versos, primero y último, su poesía va de cielo a cielo, pero al revés: cielo de tarde clara, aunque triste y soñolienta, en el primer verso, y cielo de mañana azul y soleada, en el último.

Este último verso de Machado es verdaderamente el último. Lo encontró su hermano, después de muerto el poeta, escrito a lapiz en un trozo de papel que llevaba, arrugado, en el bolsillo del abrigo. El primero, en cambio, no sabemos si es el primero, ya que el libro *Soledades* lo publica a los veintiocho años, cuando su primera juventud —*la pobre loba*— estaba muerta y su voz de poeta cansada y desengañada.

Lo verdaderamente primero en la vida de Machado no es esta voz desolada y monótona de sus veintiocho años, sino los días azules y el sol de la infancia en Sevilla, precisamente todo lo que nos ha dejado en su último verso.

El mensaje póstumo de don Antonio, confiado descuidadamente al bolsillo del abrigo, y cifrado, como tantos otros suyos, en un solo verso, nos dice que su vida ha transcurrido entre el azul de Sevilla y el de Colliure, que le recuerda el de Sevilla.

Estos días azules y este sol de la infancia.

Y aunque no aparezca aquí la palabra «galería», tan esencial en su lírica, no cabe duda, ahora ya, de que esos días azules son la postrera galería del sueño por el que avanza, a través de la infancia, hacia la muerte.

Recordemos que Antonio Machado ha soñado su propia muerte a través de la de su complementario Abel Martin. Pero la ha soñado sin la intervención decisiva que va a tener en ella la guerra civil española. Ha soñado su muerte a través de su infancia, pero no ha soñado —no podía soñar ni sospechar— la guerra. En el poema titulado *Ultimas lamentaciones de Abel Martín*, dice éste:

Soñé la galería
al huerto de ciprés y limonero.

Y un poco más adelante:

La ausencia y la distancia
volví a soñar con túnicas de aurora.

No puedo entrar aquí en todo lo que significan ausencia y distancia —dentro del Todavía— en la poesía de Machado. Vestidas con túnicas de aurora, o con túnicas de niñez y del comienzo de la vida, nos llevan, arredro tiempo, al desnacer de la muerte. ¿Hay influencias, en este poema suyo, del sentido unamuniano de la muerte como desnacer? En todo caso, hay otro pasaje en el mismo poema donde Abel Martín nos habla de otra manera de la muerte:

¡Oh, descansar en el azul del día
como descansa el águila en el viento,
sobre la sierra fría,
segura de sus alas y su aliento!

¿Descansó así Antonio Machado en el azul del día de Colliure? En seguida vamos a ver que no, porque entre las ensoñaciones distanciadas de su *Cancionero apócrifo*, y la realidad inmediata de su muerte, ha interpuesto su otra realidad de sombra y de pesadilla la guerra civil española.

El verso último de Machado, donde está entera su vida, no nos habla de muerte. Sólo nos habla de infancia, identificando el azul de sus primeros años en Sevilla con el de sus últimos días en Colliure. También los días de Ana Ruiz la madre del poeta, han transcurrido entre esos dos azules. Doña Ana Ruiz, viuda de Machado, murió en la misma casa, y casi en la misma habitación, tres días después que su hijo. Como si éste, ligero de equipaje y vuelto a la niñez, no hubiera querido salir de este mundo sin llevarse consigo su primer corazón, el corazón que puso en movimiento su latido vital, cuando aún no había empezado a funcionar el suyo. La lápida del cementerio de Colliure, con precisión machadiana de nombres y fechas, no dice más, ni menos, que esto:

ANTONIO MACHADO
SEVILLA 26 VII 1875
COLLIURE 22 II 1939

ANA RUIZ
Madre del poeta
SEVILLA 4 II 1854
COLLIURE 25 II 1939

Y, entre otras cosas, esta lápida nos dice que doña Ana casó muy joven, ya que no le llevaba más que veintiún años a su hijo, que era el segundogénito.

2

HAN pasado treinta años desde la muerte de Antonio Machado. También han pasado treinta años desde la terminación de la guerra civil española, ya que entre uno y otro acontecimiento hubo muy pocos días de distancia. Pero Antonio Machado, a la hora de su muerte, no pertenecía al bando de los vencedores, sino, voluntariamente —y además muy conscientemente—, al de los vencidos. ¿Tiene sentido aludir hoy día a esa condición humana, de vencido en la guerra, de Antonio Machado? Yo creo que sí. Incluso creo que tiene más sentido que nunca. Porque hay muchas cosas que pasan y unas pocas que quedan. Y una de estas pocas, que cuantos más años pasan más quedan sobre el mapa espiritual de Europa, es la tumba de Machado en Colliure. Su condición de vencido, muerto y enterrado en tierra francesa, ha ido creciendo con los años y permanece unida a lo que podríamos llamar

SIGUE

Palabras sobre Antonio Machado

la proyección universal que tuvo la Segunda República española.

El doctor Marañón, en su libro *Ensayos liberales* (3) y en el titulado *Dos poetas de la España liberal*, considera a Antonio, junto con su hermano Manuel, como uno de los hombres más representativos de la segunda mitad de lo que él llama *El Siglo de Oro liberal español*. No lo llama el Siglo de Oro del liberalismo, que sería algo limitado a la política, sino el Siglo de Oro liberal, con proyección universal en el ámbito de la cultura y de las creaciones del espíritu. Un siglo que empieza con la restauración en Sagunto y termina precisamente, creo yo —pero esto no lo dice Marañón—, con la muerte y sepultura de Antonio Machado en Colliure. Todo esto es verdad, en el caso de los Machado como en el de Galdós, o en el de don Marcelino; en el caso de Clarín, como en el de Unamuno o en el del mismo Marañón, y tantos otros. Pero en el caso de don Antonio hay más. El liberalismo español no ha sido sólo ni principalmente republicano. Durante la primera mitad de su Siglo de Oro fue mayoritariamente monárquico. Sin embargo, el republicanismo de don Antonio le viene de antiguo —podemos decir que le viene de casta—, y mantiene la negatividad escéptica de su actitud y su pensamiento político a lo largo de muchos años. Hoy día conocemos algunas cartas a Unamuno, donde este pensamiento se expresa con las mayores claridad y confianza. Don Miguel de Unamuno era uno de los pocos españoles en los que confiaba plenamente don Antonio Machado. Cuando la llegada de la República, Machado abandona su postrer rincón provinciano, se instala definitivamente en Madrid y, más adelante, empieza a colaborar en «El Sol». Todos los capítulos del *Juan de Mairena* han aparecido, como artículos o folletones, en este periódico. Pero Machado no se identifica, sin más, con la causa de la República. No es un conformista del nuevo régimen recién instalado, que todo lo encuentra bien desde el primer momento. Su ilusión de la República como apertura de posibilidades en la vida civil y espiritual española, va mucho más allá de la discreta realidad republicana. Discreta, sí, tal vez, ¡pero cuántos esfuerzos de españoles que querían una España mejor ha costado! Por encima o por debajo de la política oficial se abre paso en él la convicción de que la causa de la República y la del pueblo tienen que llegar a ser una sola. Y cuando la guerra civil amenaza la existencia de la República, él siente amenazada la existencia misma del pueblo español. Han sido las circunstancias imprevistas y dolorosas de la guerra las que le obligan a identificarse con la causa del pueblo, previamente identificada por él con la de la Segunda República.

Así es cómo Antonio Machado ha llegado a ser en obra y poeta provinciano en su vida, de la Segunda sus últimos años, además de poeta universal en su obra y poeta provinciano en su vida, el poeta en su muerte de la Segunda República española. Su ligazón o fidelidad del corazón y de la sangre a la causa de la República, le hace acalorarse y hasta perder los estribos en algunos de sus escritos más pasajeros y periodísticos, publicados en los años de guerra, aunque no le impida mantenerse tan lúcido e independiente de invención y de expresión, como antes, en las nuevas entregas de su *Mairena* (4).

La poesía de Machado es, tal vez, de todos los españoles. Y digo tal vez, porque toda poesía auténtica hay que «merecerla», y no sé cuántos son hoy día los españoles que se merecen la poesía de Machado. Pero el hombre bueno que fue el poeta vive sus últimos meses, padece y muere voluntariamente adherido a la causa de la República. Este es el trago verdaderamente amargo —el gran trago de sombra— de esa muerte suya. Y por eso la muerte no fue para él, como soñaba Abel Martín, descansar, seguro de sus

¿ES EL EUSKERA UN IDIOMA?

EL pasado 25 de noviembre fui a Telégrafos, de Salamanca, con el fin de cursar un telegrama.

Cuando presenté el texto a la funcionaria, me dio la impresión de que algo raro sucedía, pues no cesaba una y otra vez de recontar las palabras.

Por fin, me dijo: «¿Esto es una palabra?», y me señalaba «Jaungoikoari». Naturalmente le contesté que sí.

Entonces ella me preguntó si aquello era vasco, ya que el destino era Bilbao. De nuevo mi respuesta fue afirmativa.

Y aquí surgió lo, para mí, inesperado e indignante. La funcionaria, naturalmente cumpliendo con su deber, me dijo que, dado que el texto estaba redactado en vasco, me debía aplicar la tarifa reservada a los textos redactados en clave.

Le pregunté que por qué, si el vascuence es un idioma como cualquier otro del mundo. Su contestación fue que no estaba incluido en la lista de los idiomas "telegráficos". Y, en efecto, me mostró tal lista, y en la uve sólo aparecía consignado el idioma vietnamita.

Miré en la "e", por si figuraba como "Euskera", que es la denominación vernácula del idioma vasco y otros, por ninguna parte se hacía mención al que yo buscaba.

Por fin, pagué tarifa ordinaria, como si mi Euskera o Vascuence fuera "telegráfico" y no una clave inventada por y para unos pocos. De todas formas, ella quedó en avisarme al día siguiente, si sus superiores se lo indicaban, para que pagase la diferencia, cosa que no hizo.

Cierto que en otras ocasiones he puesto telegramas en vascuence desde Santander y nunca me objetaron ni indicaron nada. ¿Me aplicaron la tarifa de clave? No lo sé.

Pero lo que sí creo saber es que en 1969 no debiera poder existir ni la más remota posibilidad de que tal duda aflorara en nadie, pues, si idiomas tan ajenos a nosotros como el vietnamita tienen curso normal en Telégrafos, un vascuence debe tener, al menos, los mismos derechos a ser reconocido como idioma "telegráfico".

Salamanca, 28-XI-1969.

J. S. A.

alas, en el azul del día. La sombra —o la pura nada, el gran cero (para decirlo con sus mismas palabras ante el misterio de la muerte)— era también, en la hora final de Colliure, sombra pura de España.

3

HOY, a los treinta años de su muerte, podemos preguntarnos: ¿no ha sido precisamente su condición humana de vencido lo que más ha contribuido a mantener la vigencia de su ejemplo dentro y fuera de España, sobre todo a partir del año 45? Hay que tener en cuenta que la victoria europea del 45 es de signo contrario a la española del 39, no sólo en el terreno político, sino sobre todo en el cultural —intelectual, literario y artístico—, y hasta en el religioso. A partir del 39, la mentalidad oficial española creyó terminada para siempre en nuestro país la vigencia de aquellas ideologías —consideradas como izquierdistas o marxistas— que habían hecho posible, con su influencia en la juventud, el advenimiento de la República. De acuerdo con las ideologías afines, se considera superada una fecunda época europea de arte y de pensamiento, y se abomina de sus creaciones. Mientras, la Iglesia española se instala en los excesos de un desmedido triunfalismo, que llega a chocar, más adelante, con la inspiración del Vaticano II, y que hoy día a nuestros hijos les parece mentira, no se lo quieren creer, y hay que convencerlos como a Santo Tomás: cogiéndoles la mano y poniéndoles el dedo sobre la llaga de las viejas colecciones de periódicos.

Pero con la victoria aliada del 45, los vencidos del 39 se sienten de la misma familia política que los vencedores, aunque, por lo pronto, no les sirva de nada. Afortunadamente, nuestra propia situación interior no puede impedir que vuelva a haber en el mundo otras posibilidades de futuro, distintas de las nuestras. De acuerdo con ellas, alcanzan plenitud de vigencia social algunos planteamientos minoritarios, interrumpidos por la guerra. En el orden político, según la feliz expresión de Aranguren, no podemos hacer más que oler todo eso desde lejos, pero lo que no se puede hacer en este orden, la plena integración en la nueva democracia occidental, empieza a hacerse de una manera extraoficial en el terreno de la cultura. Se inicia entre nosotros un extenso movimiento que podríamos llamar de resistencia cultural, que cada día va ganando nuevas posiciones en el terreno de la conciencia pública. Los poetas y los ensayistas, primero, y en seguida los artistas de todas clases, empiezan a estar en íntimo desacuerdo con el sistema aunque permanezcan en España para no perder contacto con los hombres y con la tierra. Y empieza también el sacrificio —más fecundo de lo que parece— de las generaciones jóvenes. Este movimiento —ausente en los medios de información— ha tenido y tiene sus héroes y sus mitos, y a unos y otros pertenece la figura humana de Antonio Machado. Su obra poética universal es ajena al mito, pero su figura debe ser mitificada de acuerdo con las más puras exigencias de nivel europeo y apertura conciliar en el planteamiento de nuestra convivencia civil, cultural y religiosa. En este sentido, puede decirse que para llegar a lo universal español en el terreno del espíritu el camino pasa por la tumba de Antonio Machado, en Colliure. Y cada trozo de terreno reconquistado es un trozo de la mejor tierra española que arrojamos en esa tumba. Hasta que, en un día más bien lejano, Antonio Machado repose por completo en la tierra española que él soñaba.

L. F. V.

---

(1) ANTONIO MACHADO, *Soledades*. Editadas por Rafael Ferreres. *Temas de España*. Taurus. Madrid, 1967.

(2) *Poesías de guerra de Antonio Machado*, por Aurora de Albornoz. Ediciones Asoiamante. Puerto Rico, 1961.

(3) GREGORIO MARAÑÓN, *Ensayos liberales*. Colección Austral. Espasa Calpe. Impreso en España. Tercera edición, 1953.

(4) ANTONIO MACHADO, *Juan de Mairena*. Tomo II. Editorial Losada. Buenos Aires. Tercera edición, 1957.

ediciones SIGUEME

Apartado 332
SALAMANCA

CONGAR

ESTA ES LA IGLESIA QUE AMO

- Para vivir con alegría el misterio de la Iglesia en esta hora difícil.

80 ptas.

A MIS HERMANOS

- El pueblo de Dios es un pueblo que tiene el mismo Padre y todos los hombres son hermanos entre sí.

110 ptas.

M. ORAISON

RECONCILIACIÓN

Memorias

- El autor, testigo lúcido y actor apasionado de nuestro tiempo, escribe esta apasionante biografía que irrita e inquieta pretendiendo ser fiel a la ciencia y a la revelación cristiana.

135 ptas.

PADRE J. ARIAS

EL DIOS EN QUIEN NO CREO

- Estimulado por amigos no creyentes, el P. Arias, corresponsal de «Pueblo» en Roma, habla de Cristo tal como late en aquellas páginas que hemos escamoteado con el fácil pretexto de ser «oscuras».
- El autor no cree en un Dios que: *condena la materia, ama el dolor, anestesia la razón, se casa con la política y no necesita del hombre.*

Colección ESTELA, 92 135 ptas.

SCHULTZ

FE Y RESPONSABILIDAD PÚBLICA

- La lucha entre lo político y lo religioso no ha encontrado hasta ahora su respuesta. ¿No puso Cristo en tela de juicio los gobiernos de su tiempo? Los que le siguen no pueden permanecer indiferentes a la estructuración de la sociedad a que pertenecen y de que forman parte.

120 ptas.

EN BREVE:

CHARBONNEAU: *Cristianismo, sociedad y revolución.*

OLEGARIO G. DE CARDENAL: *Meditación teológica de un creyente.*

MOLTMANN: *Teología de la esperanza.*

BONHOEFFER: *Sanctorum communio. Sociología de la Iglesia.*